

# Carta de Chile

## El caso Contreras

*Manuel Corrada*

En Chile hay pocas revistas del corazón, apenas un par. Tampoco la sociedad suspira por los trajines mundanos, la *jet* vernácula es bastante pobre y no abundan quienes gustan ventilar sus intimidades a los cuatro vientos. Con todo, *Caras* y *Cosas* dan con creces para añadir el cotilleo local a *Hola*, modelo de ambas y que también circula aquí. Salir en una portada constituye un síntoma vistoso de éxito, considerado como sinónimo de popularidad entre el común. Una muestra. Hace un tiempo, la fotografía del futbolista Iván Zamorano invadió los quioscos del país entero. En el pie decía que su sueño era ser portada de *Cosas*. Cierto, *Caras* tira menos, salió a la calle después, y si en un comienzo intenta parecerse al *Interview* warholiano, muy luego semejante pretensión queda en nada.

Surgidas poco antes de esfumarse la dictadura, hacia finales de los ochenta, incluye entrevistas políticas, género periodístico que en la ansiedad de entonces se devoraba con avidez. Por las páginas de *Cosas* desfilaron personajes que parecían transgredir el silencio del instante, también Pinochet, portada en varias oportunidades, y su familia, a quien esta revista siempre ha dado tribuna. En un número reciente, su portada puede leerse como una señal del clima óptico que vive Chile. Imágenes, metáforas y simulacros inundan los espacios. No es necesario enchufar el televisor. Veamos. Ocupa toda la plana una actriz de telenovela que posa con un falso ademán de enigmática vampiresa. La ropa, blusa desabotonada y vaqueros que dejan el ombligo desnudo, prestada por una *boutique* de moda italiana, publicidad encubierta. En titulares, asegura encontrarse sobrada de hombres que la mimen. Junto a ella, nos enteramos de que un siniestro bicho lleva una esotérica vida en la cárcel.

Se trata de Manuel Contreras, el militar que dirigió la temible policía secreta pinochetista. Responsable de brutales torturas, secuestros y crímenes, desde octubre de 1995 cumple condena por su participación en el asesinato terrorista de quien había sido ministro de Exteriores de Salvador Allende. Secuaces, adalides cómplices y factotums de la tiranía clamaron por su inocencia. Un poeta, Raúl Zurita, publicó en el hoy desaparecido periódico *La Época* un largo artículo donde pedía su libertad por causas

caritativas y virtuosas. Un momento de extrañas preocupaciones de quien que tras acertar con dos volúmenes, *Purgatorio* (1979) y *Anteparaíso* (1982), hoy predica en nombre del amor, del inmenso amor y de otras estrambóticas entelequias.

El preso se encuentra confortablemente instalado en una prisión construida ex profeso para encerrar antiguos uniformes. Cuando lo asalta la depresión recibe la visita de un sacerdote y a ratos se enfrasca en la lectura de «Poder Psicotrónico», fuente de energía con la que se siente afín. Para completar esta portada, la hija mayor de Pinochet se queja de que el presidente Ricardo Lagos tenga sentimientos de venganza contra su padre. Desde hace dieciocho años dirige la Fundación Nacional de la Cultura, y aprovecha la ocasión para anunciar una conferencia acerca de la vida en otros mundos y los extraterrestres. Nada de raro, pues el vocablo cultura goza aquí de una histórica profusión de significados que acabarían convirtiéndolo en papel mojado si no fuese por un género de espectáculo, con el que adquiere carta de ciudadanía y lo salva de caer en el anonimato.

Cuando se oye pronunciar la palabra cultura, por descontado uno piensa en rockeros pop-punki, en archides constructores del concepto, en narradores preocupados de las lógicas plurales del relato, en firmas de virulentas columnas inéditas, en fanáticos de Ray Loriga, en artistas visuales soñando con una instalación que revuelva las tripas de medio mundo, y también en contraculturales de diversa laya. No se lleva autodenominarse escritor, poeta, dramaturgo, escultor o músico a secas. En cambio, las palmas culturales recaen en actores y actrices de la tele. ¿Un acto oficial?, ¿un manifiesto?, ¿apoyar causas perdidas? En primera fila. ¿Que un candidato necesita ayuda durante la campaña? Faltaría más. Al fin y al cabo, no existen figuras con mayor audiencia, pues los culebrones paralizan este país de ocho a nueve de la tarde.

Aunque el *boom* de las telenovelas ha venido fraguándose paso a paso, justo ahora le llegó la hora de consumarse. La tradición aconseja títulos cortos, gancho eficaz, memorización garantizada, como la anterior *Iorana* y la próxima, que ya se anuncia en los telediarios, *Santoladrón*. Pero la actual *Romané* presenta la dicha, la sal de la vida, muestra los cuerpos y paisajes más atractivos que quepa imaginar, exalta la apoteosis de la actuación casera, pasar sin verla se compara con una desgracia tremenda. Todo el mundo la comenta, aun el presidente afirma sentir aprecio por sus actores. El esquema de la historia, sencillo. Los fatuos amoríos pueblerinos entre gitanos y chilenos. Con el fin de hacerla verosímil, unos diálogos traen subtítulos en español. Sólo algunos, los necesarios para ambientar.